

PRESENTACIÓN

Acerca de la estética de la literatura árabe, de los géneros que cultiva, de sus temas y tópicos, así como de las figuras retóricas se ha escrito mucho, aunque en Occidente no se haya elaborado, propiamente, una teoría literaria que sea del todo aplicable a ella. Muchas de las aproximaciones se han hecho en referencia a los géneros de la poesía y, desde luego, se ha dejado bastante de lado, salvo en lo tocante a la mística, a la literatura religiosa.

El trabajo que aquí se presenta no pretende ser la aportación definitiva en torno a los géneros en literatura árabe, sino más bien una reflexión acerca de la continuidad, en los diversos géneros y a lo largo del tiempo, de una cosmovisión informada por las creencias de los árabes y su evolución hacia el monoteísmo.

La literatura árabe, desde sus más antiguas manifestaciones conocidas o desde aquellas a las que se concede una mayor antigüedad, ha venido practicando tres *modos* literarios. Se debe entender por esta denominación tres formas de expresión, es decir rasgos meramente externos y formales, en las que los distintos géneros se han manifestado, sin que apareciera, desde un principio, una predilección directa que permita adscribir uno o determinados géneros a uno o varios de esos *modos*. Así, se da el nombre de *modos* a la expresión en verso, a la expresión en prosa y a la expresión en prosa rimada.

De una manera también general, se podría decir que la poesía ha servido para expresar los sentimientos, de ahí que reciba el nombre de *šī`r* (sensibilidad) y que acoja igualmente al *wasf* (descripción), pues es también aquello que se percibe a través de los sentidos, es decir lo que suscita una impresión que captan los sentidos corporales y produce una alteración en los mismos o una manifestación reactiva que también se puede percibir por los sentidos.

¹ Se ha simplificado al máximo el sistema de transcripción para no entorpecer la lectura al público profano, que es a quien está dirigido principalmente este libro.

La prosa es el lugar para recoger la memoria de una manera ordenada, de ahí que tenga el nombre de *naṭr* (ordenamiento). La memoria puede ser de muchas clases; aquella que remite a acontecimientos ciertos y que se conoce con el nombre de historia porque se liga a un tiempo concreto, *ta'riḡ* (fecha o data), o aquella que es una reconstrucción mítica, que sirve para ejemplificar o mostrar un modelo (*maṭal*), o simplemente aquella donde se deja discurrir la imaginación, *qissa* (cuento), aunque apoyada en la experiencia y la observación de la realidad y que también puede, en el fondo, tener un carácter ejemplar.

La prosa rimada, *saya'* (cadencia), pretende algo que cubre el espacio entre la memoria y el sentimiento y que se puede denominar el conocimiento, *hikma* (sabiduría). Es más bien un modo utilitario de literatura, pues permite sintetizar y condensar en una fórmula breve y mnemotécnica algo que el hombre debe conocer y retener para andar por la vida, de ahí que en ese modo literario se expresen los proverbios, las máximas, los oráculos y las profecías o las prescripciones religiosas.

La literatura árabe, además de estos modos literarios y de los géneros que a cada uno de estos modos se adhieren de manera más o menos estable, es probablemente una literatura que abarca algo más de los diecisiete siglos que conocemos de ella, pero cuya memoria se ha perdido porque hasta un tiempo relativamente reciente se trata de una literatura de transmisión oral. De manera que las Historias de la Literatura al uso se remontan todo lo más a dos siglos antes de la aparición del islam y no recogen más que aquello que los estudiosos musulmanes dejaron por escrito, entre los siglos VIII y X d.C., como testimonio de un tiempo anterior, irremediablemente perdido. De esta manera, la literatura árabe, cuyas manifestaciones más antiguas se pueden datar hacia el siglo V d.C., aparece como formalmente muy desarrollada, pero como precedente imperfecto de un desarrollo posterior más depurado.

Dicho de otro modo, la antigua *qasida* (poema monorrimo) de época preislámica parece el precedente de los poemas que se van a cultivar en la época Omeya y posteriores, prácticamente hasta bien entrado el siglo XX, casi sin alteraciones. Pero, poco o nada se sabe de dónde surge ese viejo poema de largo aliento y que reúne en sí variados géneros que luego parecen independizarse.

Aportar una respuesta a esta curiosidad o inquietud es entrar sin lugar a dudas en el terreno siempre aventurado de las hipótesis indemostrables, porque no existen suficientes testimonios ni materiales previos que permitan establecer una génesis de ese modo poético. Sin embargo, aunque sea moverse en el terreno de las suposiciones, la propuesta es una manera de

acercamiento que permita dar una nueva lectura, posiblemente con más sentido, a esos poemas antiguos y explique, de algún modo, sus desarrollos posteriores.

Se trata de considerarlos como resultado de un largo proceso de condensación y decantación, acompañado del cambio, sin duda fundante en la mentalidad y en el modo de vida, que supone la aparición del islam. Este modo de aproximación permitirá establecer un tránsito más suave entre los antiguos modos literarios y los nuevos que, conservando muchas de las características antiguas, van a ofrecer un panorama diferente de lo que ya se puede denominar *géneros*.

Es decir, de la literatura árabe, tal como se ha venido presentando, se conoce el final de un período que sirve de tránsito y funciona como precedente de algo bien distinto que le sigue. Visto así parece un proceso bastante atípico y poco observable en otros desarrollos literarios. Sin embargo, si se empieza a entender lo que es conocido como más antiguo como el final de una etapa y la transición a otra distinta, todo empieza a tener más sentido y se aproxima más al decurso normal de cualquier literatura, en donde los movimientos literarios se producen por agotamiento y transformación de fórmulas ya excesivamente rígidas.

Este proceso, que es quizá más fácilmente detectable en la transformación de la poesía, es también visible sin mayores dificultades en la prosa, siempre que se introduzca en el análisis a la prosa religiosa de la revelación musulmana, no tanto por sus valores religiosos, que también son significativos de una continuidad no solo aparente sino conceptual y pretendida, sino por lo que significan el texto del Corán o del Hadiz desde el mero punto de vista literario, como modos a la vez de conservación de la memoria y de transmisión de conocimiento; en este caso, conocimiento por excelencia pues es producto de la revelación.

En el recorrido por los diversos modos y géneros, se trata igualmente de señalar los tópicos y sus variaciones y, desde luego, las reminiscencias que proceden de visiones ligadas a espacios tal vez perdidos o cambiantes que, no obstante, permanecen unidos a la memoria identitaria y forman parte esencial del imaginario árabe, aportando una cosmovisión que hunde sus raíces en formas religiosas del pasado y sus desarrollos posteriores.

Por lo efímero y permanente que se aprecia en esta literatura, por sus orígenes envueltos en la niebla de un tiempo sin escritura, por la falta de testimonios fehacientes, se ha denominado esta obra: *Escrito en la arena*.

INTRODUCCIÓN

En la breve presentación que abre este libro se han señalado ya algunos de los aspectos que formarán parte de la reflexión de estas páginas. Pero, evidentemente y antes de iniciar una aproximación a los géneros, modos y tipos, conviene hacer una reflexión acerca de algunos aspectos históricos relativos a la situación de Arabia en el momento de la aparición del islam, así como acerca del planteamiento general que justifica el orden y el modo en que se trata el asunto de los géneros literarios.

La primera cuestión obligada es la de insistir, una vez más, en que nos hallamos ante una expresión cultural, la literatura árabe, que se desarrolla desde un tiempo imposible de fijar con exactitud, siempre en forma oral hasta épocas muy recientes, como los siglos VII-VIII d.C., y que queda totalmente transformada, al menos en forma aparente, a partir de la aparición del islam que, por otra parte, contribuye a sacarla de su marco originario, expandiéndola y poniéndola en contacto con otras formas y culturas literarias, permitiéndole la importación de modos y géneros.

De sus primeros tiempos nada se sabe hasta después de la aparición del islam, que se ocupa en recuperar aquella materia precedente que puede ser de interés para un fin que sobrepasa la pura necesidad de salvaguardar un patrimonio. Dicho de otro modo, los sabios de época musulmana se ocuparán de recoger todo tipo de manifestaciones literarias con el fin de completar el *corpus* de la Lengua Santa; la lengua en la que ha sido expresamente inspirado el Corán.

Precisamente para esa finalidad y para codificar la lengua y preservarla de usos espurios se construirá un complejísimo sistema de ordenamiento gramatical y sintáctico y se inventará un modo de ordenamiento léxico; ambos aún vigentes. La codificación de la lengua, en ese horizonte rígido de la Lengua Santa, arrasará con otras manifestaciones lingüísticas que, por diversas razones que la moderna historia de la lengua ya conoce de manera más o menos fiable, se consideraron alejadas de la pureza del texto sagrado. Pero esta cuestión, que se ve potenciada y convertida en ley tras el

islam, ya se daba en cierta medida en la época anterior, según los modelos literarios que se han conservado.

En la Arabia preislámica estaban en funcionamiento, al menos, dos sistemas lingüísticos con funciones bien definidas. Lo que los lingüistas llaman dialectos tribales, cuya función natural era la de la comunicación informal y formal entre hablantes; y un registro superior, reconocido como una *koiné*, que permitía la creación literaria tanto en prosa narrativa como en la poesía o los géneros sapienciales. Es decir, una especie de supra-lengua que servía únicamente para la composición de literatura. Ello no excluye que existieran otros registros, pues algunos investigadores sostienen que existía una *koiné* para las relaciones exteriores, el comercio o las finanzas. Existía, quizá, una especie de registro 'culto' para relacionarse más allá de los límites de la propia tribu.

En muchas lenguas, antiguas y modernas, se distinguen estos dos registros llano y culto con funciones definidas, por lo que el fenómeno no es privativo de la lengua árabe. Sin embargo, en ella se da con una fuerza mayor esa diferencia, pues muchos dialectos poseían formas y estructuras que entrarían claramente dentro del sistema de las llamadas lenguas analíticas, mientras que la *koiné* poseía un marcado carácter sintético. Si muchos dialectos pueden considerarse como poco conservadores, la lengua literaria era una lengua fuertemente conservadora. En este punto hay que señalar que la lengua árabe del Corán y del Hadiz como la de la literatura profana llamada clásica, así como la codificación gramatical y léxica se harán y se expresarán en ese registro más conservador y sintético.

De manera que, en la lengua árabe, en el transcurso del tiempo, se produce un fenómeno curioso, vivo hasta hoy mismo en cierta medida. La lengua culta, literaria y de uso por las personas ilustradas en determinadas circunstancias se distancia grandemente de la lengua usada para la comunicación cotidiana. De ahí la tensión actual entre los dialectos nacionales o zonales y la lengua escrita, la de los discursos públicos e, incluso, la de los medios de comunicación o la de la propia literatura.

Pero volviendo a esos tiempos más antiguos. Desde cuándo se producía esa situación de 'doble sistema lingüístico' es prácticamente imposible de saber, pero muy probablemente se remonte a los siglos II y III d.C. Las primeras manifestaciones literarias que la tradición data se sitúan en torno a los siglos IV y V d.C., de manera que, como estos procesos exigen una larga andadura y, además, los textos literarios conservados son de una alta complejidad técnica, además de usar esa lengua solo reservada a la literatura, ello permite deducir un largo período de formación y consolidación.

Este largo período de formación y consolidación no solo debe ser tenido en cuenta para la lengua, sino para las propias composiciones literarias.

Como se verá en su momento, los temas y motivos, así como sus figuras retóricas e imágenes, tal como se hallan en textos del siglo v d.C. donde, en muchos casos, es posible hablar de convenciones literarias perfectamente aceptadas y en uso, también parecen apuntar a ese largo proceso de creación, decantación y condensación.

De manera que cuando se habla de la Arabia preislámica se está recurriendo a un modo de hablar que no es muy ajustado. Solo lo es en la medida en que, al partir del momento de la aparición del islam, se está primando este acontecimiento revolucionario en la Arabia del siglo VII d.C. como punto de partida de la gran presencia de Arabia y los árabes en el contexto de la historia medieval, moderna y contemporánea de la zona y de otros muchos territorios, y dejando de lado los precedentes, que ponen en relación a Arabia con su historia anterior, más cercana a la historia de los pueblos de la Antigüedad, en la que los árabes y Arabia no ofrecen una presencia más que esporádicamente significativa. Pero esta posición para la periodización de la historia de la cultura árabe, para el análisis de su literatura o de su situación lingüística no es sino una convención más de aquellas a las que insensiblemente se recurre para ordenar un poco el conocimiento. Por tanto, no significa, porque no puede significarlo, que se olvide que la lengua, la cultura y sus manifestaciones literarias no pertenezcan a un pasado más amplio y a un ámbito geográfico y humano también más ancho.

En otras palabras, aunque los árabes no tuvieran una presencia activa en los acontecimientos de la zona, antes del siglo VII, no por ello dejaban de estar allí desde mucho antes, poseían una lengua y una cultura y además estaban en contacto con otros pueblos de su entorno. Como es natural, cuando un grupo humano no ha tenido presencia en la historia ni intervención, más que de manera tangencial, sus vestigios son difíciles de seguir y, más aún, si ese pueblo por razones difíciles de precisar se ha mantenido siempre en el nivel de la expresión oral.

No obstante, aunque no es el lugar de hacer un muestreo de los vestigios tanto epigráficos como literarios que los propios árabes y otros pueblos limítrofes han dejado sobre los árabes preislámicos, que permiten sospechar que ellos eran ya grupos muy organizados y con un sistema de vida definido en torno a dos siglos antes de la era cristiana, se debe señalar cómo la complejidad de la sociedad árabe de las vísperas del islam apunta también a una larga existencia y a un extenso y complejo proceso de com-

posición, mutación y desarrollo de las tribus árabes que corre paralelo, como es natural, con su complejidad lingüística y con su muy elaborada literatura.

Existen noticias de muy diversos sistemas religiosos conviviendo en la península árabe, así como de la existencia de muy diversos modos de organización social que van desde poblaciones nómadas a poblaciones claramente sedentarias o semisedentarizadas, con verdaderas ciudades-estado y pequeños reinos, regidos por oligarquías unidas por lazos de sangre o por reyes que establecían sus propias dinastías, alternando con procedimientos de carácter electivo. Se sabe también de diversos sistemas de filiación matri- y patrilineales, así como de diversas maneras de transmisión de la propiedad por herencia o variantes para los matrimonios y el ejercicio de la patria potestad.

De manera que, aunque con una intervención menor en la historia de la zona, los árabes constituyen una sociedad compleja y que, por lo tanto, deberá poseer un sistema cultural igualmente complejo, en el que la literatura, además, ocupa un lugar preeminente, pues, y esto es una peculiaridad, los árabes, a pesar de sus diferencias, han sentido más interés desde siempre por la palabra como medio de creación que por otros medios como los plásticos o los musicales, que, sin embargo, como también es natural, han cultivado y cultivan.

En esta aproximación a los géneros literarios, se debe tener muy en cuenta esta situación en la que no conocemos los precedentes exactos de los que la literatura de las vísperas del islam nos provee. Junto con ello, también se debe tener muy presente su fuerte personalidad y la larga duración de los modelos estéticos. Esta última es una característica sobre la que se insistirá a lo largo de todo el texto y a través de todos sus capítulos. Igualmente se insistirá en cómo esa personalidad bien definida está informada por la cosmovisión común a los pueblos del entorno.

Muchas hubieran sido las posibilidades de ordenación de los materiales que sirven para hacer un rastreo de los diversos géneros literarios cultivados por la literatura árabe, sin embargo, resulta mucho más interesante que un proceso historicista por épocas, períodos, dinastías o grupos de poetas, establecer una clara línea en la que confluyan, según los géneros e independientemente de los modos literarios, un sentido particular de la estética o unos modelos y conceptos que permanecen a lo largo de siglos. Recurriendo a este modo de rastrear señas de identidad, es posible lanzar hipótesis acerca de las conexiones de determinadas manifestaciones con otras anteriores o coetáneas que se producen entre otros pueblos o grupos